

Revista Mexicana de Patología Clínica

Volumen 52
Volume

Número 3
Number

Julio-September 2005
July-September




Artículo:

Editorial

A nuestro maestro con algo más que
cariño

Derechos reservados, Copyright © 2005:
Federación Mexicana de Patología Clínica, AC

**Otras secciones de
este sitio:**

-  [Índice de este número](#)
-  [Más revistas](#)
-  [Búsqueda](#)

***Others sections in
this web site:***

-  [Contents of this number](#)
-  [More journals](#)
-  [Search](#)

Editorial

A nuestro maestro, con algo más que cariño

La palabra cariño tiene múltiples acepciones; sin embargo, para el sentido humanístico que conlleva este mensaje, las implicaciones más notables son: Amor, voluntad, amistad, entusiasmo y armonía. Estas declarativas serían nuestro significado de “cariño” para Don Guillermo Santoscoy Gómez porque, a través de su existencia, éstas fueron el denominador de su vida.

El año 2005 se tradujo en el ánimo y sentir de un vasto conglomerado de la sociedad médica nacional y, específicamente, en el ámbito de la patología clínica, en un hálito de esperanza porque jamás será con la tristeza como debiésemos reconocer la grandeza y trascendencia de un ser humano que, aun cuando hoy ocupa su columna en un plano físico diferente, no termina por dejar de ser la fuente abundante de inspiración creativa para quienes tuvimos el privilegio de andar un largo trecho del camino a su lado y para quienes pudimos disfrutar de los alcances grandilocuentes de su pensamiento, palabra y obra; porque es menester dejar plasmada, con diáfano sentido de aquiescencia, la verdad transformada en manifiesto: el que nuestro Querido Maestro no ha muerto y que no morirá mientras existamos seres humanos que lo recordemos, lo pensemos y aceptemos, porque no son suficientes —nunca lo fueron— las divergencias y controversias, propias del devenir humano en su natural búsqueda del sentido de la vida, para dejar de reconocer que el Dr. Guillermo Santoscoy Gómez brilla con luz propia y que más allá de las mezquindades de los que sufren por no haber aprendido a ser felices, siempre fue y continuará siéndolo, un ejemplo de fe, confianza y tenacidad para lograr los propósitos siempre firmes de ampliar las perspectivas y

vencer los retos que la vida nos propone para demostrar nuestra templanza.

A través del tiempo y el espacio, en la historia de todas las sociedades, surgen seres ejemplares que con su solo paso por la vida dejan honda huella en la conciencia tanto de los individuos de su época, como en los de las generaciones posteriores, pues son tan notables los hechos que ellos consuman, tan brillantes las ideas que nos heredan y tan recia la personalidad de sus actos y de su pensamiento, que la senda luminosa de su existencia no puede pasar inadvertida ante los ojos de quienes contemplamos desde el balcón de la historia, tan gallardas manifestaciones de amor y lealtad por su profesión, por su familia y por sus semejantes.

Esa es la idea que nos heredó nuestro maestro, esa es la razón por la cual, en un momento de profunda introspección de nuestra alma, pensamos que el Dr. Guillermo Santoscoy Gómez, pudiera semejarse a un templo con figura humana. Un templo es algo separado de la vida ordinaria, es algo que está más cerca de lo sublime; un edificio hábilmente decorado y hermoseado no es ni hace a un templo, lo hace el espíritu que lo habita. Un templo humano de verdad es mucho más que algo sustancial, pues necesita ser real y espiritual a la vez. El templo interior es el santuario más íntimo de la propia conciencia moral del hombre que ha de decidir con entera libertad, luego de un sincero discernimiento de cuál es la orientación de su acción y los actos mismos realizados como persona.

Lo esencial es invisible a los ojos, porque sólo lo puede ver el corazón. Lo esencial está en la profundidad de nuestro ser. Cada individuo debe hacerse cargo de su propia existencia, desarro-

lizando su particular proyecto de vida y llegar a ser ese ente único y original que lo convierte en una persona responsable de sus actos, que se construye a sí mismo como el arquitecto de su propio destino y en relación de los seres humanos por los cuales y para los cuales debe vivir y servir, reconociendo que éste es el más caro y último objetivo por el cual explicamos nuestra estancia en este planeta físico. Al edificar nuestro templo ideal e interior, nos construimos a nosotros mismos.

No resulta difícil entonces la relación que hacemos entre un templo y un ser humano. Nuestro digno maestro —y como alguna vez tuvimos la oportunidad de platicarlo con él— fue el fiel espíritu de Don Quijote de la Mancha que, enfundado en su yelmo de guerrero imbatible, entregó todas sus posibilidades y hasta el último instante de su vida física a la esperanza de lograr el sueño de un mejor horizonte para el desarrollo de nuestra digna profesión: La patología clínica. Pero también nos permitió conocer otra noble faceta de su vida, la del hombre sencillo y leal para con los suyos.

Con el paso de los años, uno empieza a estar hecho de lo que ha ido ganándole a la vida y de lo que ha ido perdiendo en el camino; y hay pérdidas que nos arrastran hacia el pozo profundo de la aridez y el desamor, pero también hay pérdidas que nos hacen ganar un reino. La suma de las pérdidas nos suelen dar ganancias y nos permiten, en el sosiego del tiempo, reconocer que si la juventud se va, quedándonos sólo las canas, las arrugas y los dolores en las articulaciones, nos queda también la experiencia, la cordura, el recuerdo de la infancia de nuestros hijos; pero sobre todo nos queda la gran oportunidad de darle a nuestra vida el inmenso y noble sentido de generosidad y claridad emocional que nos permite ofrecer nuestro amor a borbotones a todos aquellos con quienes logramos identificarnos en alguna parte del camino, pero especialmente a nuestros seres más queridos. También así fue nuestro

maestro; también cultivó esos valores que muchos desconocen y que hoy los lanzamos a los cuatro vientos y, sin embargo, quizás la parte de su vida más sensible, la podemos vislumbrar a través de la *Biblia*: En Corintios 11, versículos 11 y 12 encontramos los siguientes conceptos: “Pero en el Señor, ni el varón es sin la mujer, ni la mujer sin el varón, porque así como la mujer procede del varón, también el varón nace de la mujer, porque ambos provienen de Dios”. Por eso también le obsequiamos nuestro reconocimiento a Doña Mercedes, su inseparable esposa, amiga y compañera. Ella debe estar tranquila, consciente y satisfecha de que la misión fue cumplida con creces, a cabalidad y en armonía.

Somos entonces garantes de que éste fue el camino por donde transitó nuestro maestro y esas fueron las acciones que representaron su vida física. Hoy nosotros tenemos que afrontar un inmenso reto, debemos aceptar que el Dr. Guillermo Santoscoy Gómez vivió su tiempo y sus circunstancias y que ahora el tiempo toca a nuestra puerta, invitándonos a enarbolar los mismos principios de gallardía, entereza y certidumbre como los que nuestro maestro aceptó en su tiempo y que ahora, en el nuestro, nos corresponde por la heredad de la congruencia, continuar en pos de la dignificación profesional de la patología clínica, ampliar sus horizontes e infundir la misma semilla en las generaciones que nos siguen para que la llama de la responsabilidad inédita que hoy se presenta ante nosotros, la afrontemos con reflexión mesurada y propósitos de nobleza inacabada, por el bien de la unidad y el desarrollo.

Querido maestro, hoy nos conmueve tu ausencia física, pero nos engrandece y reconforta que en cada una de nuestras futuras acciones estaremos en tu presencia, con la inefable promesa de volvernos a encontrar.

¡Descanza en paz!

Rafael Franco Santillán